

**Instituto de Investigaciones Gino Germani, VI Jornadas de Jóvenes Investigadores,
10, 11 y 12 de noviembre de 2011**

Nombre y Apellido: Giorgio Boccardo Bosoni.

Afiliación institucional: Magíster en Estudios Latinoamericanos y Centro de Investigación de Estructura Social (CIES), Universidad de Chile.

Correo electrónico: giorgio222@gmail.com

Eje Desigualdades y estructura social: producción-reproducción y cambio.

Título: Cambios recientes en la estructura social de América Latina (1980-2010), los casos de Argentina, Brasil y Chile¹.

Resumen: la transformación ocurrida en las últimas décadas en América Latina generó cambios significativos en la fisonomía de su estructura y principales grupos sociales. Cambios vinculados a reformas al Estado y economía, que dieron lugar a una heterogénea modernización, que en algunos países modificó radicalmente la “sociedad desarrollista”, mientras que en otros, la transformación parcial, significó cierta continuidad de los grupos sociales del periodo anterior. Este trabajo analiza la estructura social de Argentina, Brasil y Chile, desde los ochenta en adelante. Se proponen tres variantes históricas de transformación: Argentina, que revirtió parcialmente tendencias de “desestructuración” de grupos sociales desarrollistas; Brasil, cuya gradualidad de cambios permitió que grupos sociales desarrollistas se integraran “pactadamente” al proceso de modernización; y Chile, donde la reforma estructural, modificó radicalmente su estructura social y principales grupos.

1. ¿Porqué volver a mirar la estructura social?

Desde sus orígenes un sello distintivo de la sociología latinoamericana fue abordar el problema del desarrollo o las limitantes estructurales que lo imposibilitaban. Para ello, buscó superar el insuficiente enfoque económico como marco explicativo, relevando la relación existente entre la acción de determinados grupos sociales – fueran clases, estamentos o grupos funcionales-, y la estructura económica, tanto tradicional como aquella que se encontraba en vías de modernización (Baño y Faletto, 1992). En esta dirección, destacaron los estudios de Gino Germani, José Medina Echavarría y Florestán Fernandes, quienes abordaron el problema del subdesarrollo y la estructura social a nivel general; como también, aquellos que concentraron su atención en grupos sociales específicos como oligarquías, empresarios, clases

¹ Trabajo que forma parte de una a investigación conducente al grado de sociólogo en Universidad de Chile.

medias, clase obrera, campesinos o grupos marginales; y el rol modernizador o retardatario que jugaron en el proceso de desarrollo latinoamericano (Solari, Franco y Jutckowitz, 1976).

Sin embargo, a partir de la crisis del “Estado de compromiso” y la impronta autoritaria militar que afectó a la mayoría de los países en la región entre los sesenta y ochenta, la sociología latinoamericana fue silenciada y sus principales centros académicos intervenidos (Faletto, 2002). Ahora bien, iniciado el proceso de apertura política, al alero de las nuevas tendencias “post” impuestas desde Europa y Estados Unidos, la disciplina reorientó su interés a temáticas como la democratización, derechos humanos o extrema pobreza (Garretón, 1996).

Específicamente, la crisis de los ochenta “exigió” investigaciones sobre marginalidad urbana y pobreza, ya no asociada a sectores excluidos del desarrollo, sino una nueva, generada por la “desestabilización” de grupos sociales integrados a este; o de medición de pobreza para establecer, vía ingresos, cómo focalizar subsidios a los “verdaderamente necesitados” (Filgueira, 2001). Pese a la introducción de conceptos como “vulnerabilidad”, “riesgo” o “heterogeneidad” que buscaron superar el enfoque economicista (Raczynsky, 1992; Katzman, 1989), la tajante dicotomización de la población entre pobres y el resto, impidió un acercamiento cabal a los procesos sociales que la generaban, al comportamiento o formas de organización que los grupos sociales afectados desarrollaban. Negando a priori todo intento de comprensión de la estructura social en su conjunto, la relación que dichos grupos excluidos establecían con los integrados o las barreras de entrada que estos últimos generaban.

En efecto, la insuficiente explicación económica sobre las consecuencias sociales y políticas que generó la desigual aplicación de las reformas de ajuste plasmadas en el “Consenso de Washington” durante los noventa (Ruiz, 2010), poco pudo esclarecer respecto a qué aspectos de la realidad social latinoamericana eran propios de la crisis de los ochenta, y cuáles eran cambios directamente asociados a la transformación en curso. Más aún, a finales de los noventa, la nueva crisis económica que afectó a los países que se habían impulsado el ideario neoliberal, implicó una nueva oleada de reformas, que retrotrajeron o modificaron aún más, la fisonomía de la estructura social regional. Todo lo cual, reabrió el interés por el estudio de la “transformación neoliberal” vía estructura y grupos sociales. Un esfuerzo significativo lo realizó la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, organismo que sistematizó trabajos relacionados tanto con enfoques teóricos como con estudio empíricos de casos nacionales y regionales (Franco, León y Atria, 2008).

Salvo excepciones como las de Portes (2003), todas las investigaciones incluidas en ese esfuerzo se caracterizaron por acotarse a casos nacionales, que se aproximaron a la estructura social, sin pretensiones de avanzar en una interpretación regional. Una variante de estos², invocando teórica y metodológicamente a John Goldthorpe, omitió paradójicamente el problema de formación de las clases sociales, supuso una estratificación gradacional de ocupaciones y enfatizó en las posibilidades de movilidad que presentaban o no los individuos. En cambio otra³, a partir del estudio de los cambios en la matriz ocupacional, pero con criterios de “ajuste histórico” y no de interpretación funcional de la movilidad individual, desarrolló un análisis relacional de la estructura y grupos sociales. Finalmente, esfuerzos recientes de tipo socioeconómicos, abordan el panorama social de los países a nivel general o grupos específicos como las “clases medias”⁴, que supone las clases sociales como “clases económicas” vía nivel de ingreso, pautas de consumo o estilos de vida.

A partir de lo señalado, se constata un nuevo interés disciplinar por el estudio de la estructura social a nivel regional, pero parece insuficiente en el marco de la profunda transformación ocurrida en las últimas décadas (Baño y Faletto, 1999). Luego, no bastaría señalar en qué dirección los individuos se mueven de acuerdo a la tenencia o no de ciertos recursos, niveles de ingreso o pautas de consumo, ni tampoco los cambios ocurridos en el tamaño de cierta categoría ocupacional. Más bien, el establecimiento de cuestiones tales como si los ascensos o descensos de dichos individuos se producen a partir de alguna característica común, o si en algunos espacios sociales se reproducen o son reclutados, o cuáles son los agrupamientos sociales y pautas de acción colectiva que corresponden al modelo de desarrollo en curso y cuáles al modelo anterior, son las que permiten avanzar en una comprensión social de la modalidad nacional y regional que asume la transformación en curso.

El presente trabajo examina críticamente cambios y continuidades en la estructura social de Argentina, Brasil y Chile, desde los ochenta en adelante. Para ello, se analizan las principales transformaciones ocurridas en su estructura social, en relación al Estado y la economía, las que resultan indicativa de tres modalidades de desarrollo en América Latina.

² Ejemplos de ello son el de Wormald y Torche (2004) en Chile, el de Kessler y Espinoza (2003) sobre Buenos Aires, el de Gray y Yáñez sobre Bolivia (2007) o el de Cortéz y Escobar (2005) sobre México, por citar algunos.

³ Como los desarrollados sobre Chile por León y Martínez (2001) o Brasil por Do Valle Silva (2004).

⁴ Como los de Mora y Araujo (2001) sobre Argentina o Neri (2010) sobre Brasil, o las recientes investigaciones sobre las clases medias de Bárcena y Serra (2010) o Franco, Hopenhayn y León (2011).

2. ¿Por qué si la globalización es una sola se desarrolla variantes nacionales tan heterogéneas en Latinoamérica?

La transformación estructural ocurrida en las últimas décadas en América Latina, generó cambios en la fisonomía de su estructura y principales grupos sociales. Cambios vinculados a reformas al Estado y economía, que dieron lugar a una modernización de carácter heterogéneo, que en algunos países modificó radicalmente la sociedad del “periodo desarrollista” - empresariado nacional, sectores medios o clase obrera-; mientras que en otros, la transformación parcial, significó la continuidad de grupos sociales del periodo anterior.

Entre la década del setenta y ochenta se produjeron cambios en la modalidad del capitalismo dependiente latinoamericano, y a excepción del caso chileno, este se mantuvo dentro de los marcos del desarrollismo (Ruiz, 2006). Sin embargo, se trató de un desarrollismo menos nacional, sí estatal, debido al ingreso de multinacionales y a la pérdida de peso de fracciones del empresariado nacional; como también menos popular, al excluir del modelo a importantes sectores medios y obreros centrales en el periodo más nacionalista (Atria y Ruiz, 2009). Pero la crisis no se resuelve, convirtiéndose en un elemento condicionante de los procesos de redemocratización a finales de los ochenta; en particular, porque dichos procesos de transición no significaron una vuelta a las antiguas democracias nacionales populares, sino a “nuevas democracias” cuyo carácter es hoy materia de debate.

En efecto, los países de la región iniciaron los noventa con el peso de la inercia recesiva de los ochenta y el pasivo de su deuda externa, condicionando la profundidad con la que se impulsó el paquete de reformas recomendadas por el “Consenso de Washington” y los planes de “salvataje” de organismos internacionales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Interamericano del Desarrollo. Se trató de diez medidas que “encauzaron” la primera generación de reformas a las economías latinoamericanas (Williamson, 1990). Sus objetivos declarados fueron lograr la estabilidad económica y desmontar los elementos fundamentales del modelo proteccionista de desarrollo estatal (Ruiz, 2010). Buscando abrir nuevos espacios económicos para actores privados nacionales y extranjeros, y forjar nuevas relaciones con los mercados mundiales (Acevedo, 2004).

La doctrina económica del “Consenso de Washington”, buscó rehacer la práctica económica local para dar cauce a la expansión internacionalizada de los mercados para las empresas privadas, hasta entonces contenidas por los cauces nacionales (Ruiz, 2010). Se

buscó resituar geopolíticamente a las economías de la región, por la vía de redefinir la participación de sus gobiernos en las decisiones que articulaban los mercados locales y mundial (Acevedo, 2004). Y aunque se trató de una misma influencia externa emanada del capitalismo desarrollado sobre la región, sus grados de instalación diferirán de una experiencia nacional a otra. Diferenciación vinculada a la capacidad de actuar sobre tal influencia externa que detentaron ciertos grupos locales, principalmente a partir de la acción estatal. Luego, según las condiciones de apertura o restricción que asumieron las nuevas democracias, se apuntó a una reformulación de la función del Estado, centrando allí el eje principal de la transformación en esta etapa. Reformulación, que en algunos países generó situaciones de inestabilidad política mayores a los que las reformas pretendía dar solución.

3. Variantes de la transformación estructural: Argentina, Brasil y Chile.

Las modalidades que asume dicha transformación registraron importantes diferencias para Argentina, Brasil y Chile, por el grado de profundidad alcanzado por las reformas como por el impacto que generaron en los principales grupos sociales de cada uno de los países.

Argentina, al retirarse del poder el gobierno militar en 1983, quedó sumida en una grave recesión económica, una deuda externa casi seis veces mayor que las exportaciones y sin reservas internacionales; una crisis social fruto de la gran disminución real de los salarios, agravada por la hiperinflación, la creciente desocupación y el aumento de la pobreza; además de la desconfianza absoluta a la institucionalidad política (Ferrer, 2008; Rapoport, 2010). El gobierno de Alfonsín presionado al extremo por el sector primario exportador nacional y extranjero, intentó reconstruir la estabilidad económica mediante una reforma del sector público, una reducción del déficit fiscal compatible con el financiamiento externo, mejoras a la recaudación impositiva, restricción del gasto público y aumento en términos reales las tarifas públicas para asegurar el financiamiento de las inversiones públicas (Orlansky, 2001).

Sin embargo, la desarticulación económica heredada del “Proceso” y la deuda externa acentuaron la falta de capacidades estatales para impulsar políticas públicas, haciendo perder a la gestión radical su reconocimiento y legitimidad inicial. La trayectoria descendente del gobierno de Alfonsín reflejó el deterioro estatal y la hiperinflación de 1989 el extremo descontrol de la situación económica y social (Sidicaro, 2010). Sin poder asegurar el valor del signo monetario, los precios de bienes y servicios se volatilizaron y se agudizó la especulación cambiaria. Permitiendo a Menem y “los promotores” de las reformas

estructurales justificarlas como necesarias para salvar a la Argentina del abismo (Peralta, 2007). Después de dos años de reformas y enfrentamientos entre el gobierno y el sector industrial más la banca privada nacional, el ministro Cavallo implementó unilateralmente el Plan de Convertibilidad Cambiaria en 1991 (Ferrer, 2008). El nuevo modelo combinó los condicionamientos de paridad cambiaria; el aumento de niveles de endeudamiento externos, públicos y privados; privatizaciones estatales; nuevas inversiones extranjeras en industrias y servicios; además de reformar el sistema de pensiones y la regulación laboral que flexibilizó el mercado, limitó el derecho a huelga y contuvo el alza de los salarios (Rapoport, 2010).

Tras una prolongada crisis, entre 1998-2001, el modelo de apertura y liberalización económica colapsó definitivamente. El 2001 el programa antiinflacionario se mostró insustentable frente a la volatilidad de los flujos internacionales de capitales, la especulación cambiaria y el pago de la deuda externa, gatillando la peor crisis económica en la historia argentina, y una inédita alianza social entre sectores medios y obreros empobrecidos, que “estalló” contra el modelo económico y el sistema político en su conjunto. Crisis que comenzó a resolverse en el gobierno peronista de Nestor Kirchner el 2003. Su política económica se caracterizó por la reaparición del Estado como árbitro de los conflictos entre actores económicos y sociales, acabando con la noción de Estado “subsidiario” impuesta por Menem; la consolidación de los equilibrios macroeconómicos en el presupuesto; un tipo de cambio consistente con la competitividad de la producción de bienes transables; una reducción progresiva del endeudamiento externo, tanto público como privado; el fin de la hegemonía del sector financiero en la economía; y la utilización de políticas de elevación de salarios y subvenciones, como forma de recuperar la alicaída demanda interna (Ferrer, 2008; Rapoport, 2010). Permitiendo al país retornar a modalidades de crecimiento más cercanas al modelo desarrollista, basado en el sector primario exportador e industria local, una recuperación parcial del nivel de consumo de la población media y obrera, y políticas de corte populista que revirtieron las altas tasas de desempleo, marginalidad y pobreza extrema.

Brasil, a raíz de la recesión mundial posterior al segundo conflicto petrolero y la denominada “crisis de la deuda” de 1982, atravesó su peor recesión de posguerra (1980-1983), seguida de un breve periodo de recuperación (1984-1985) y auge económico en virtud del Plan Cruzado de estabilización antiinflacionario de 1986 y por un nuevo periodo de declive económico que se extendió desde 1987 hasta 1993. Recesión que se caracterizó por moderados niveles de crecimiento, relativo desempleo, elevadas tasas de inflación y déficit

público; y una creciente presión externa para conducir al país en dirección a un ajuste ortodoxo de apertura comercial y financiera, disminución sustancial de las actividades del Estado, prioridad por la estabilidad macroeconómica y la elaboración de políticas que permitieran atraer nuevas inversiones extranjeras privadas (Do Valle, 2004).

Pero a diferencia de la situación Argentina, las reformas políticas que dieron lugar a la transición brasileña, asumieron modalidades de pacto entre los principales actores sociales y políticos, que lideraron la transformación económica del “milagro brasileño” de los sesenta, combinando apertura económica con protección a sectores industriales nacionales considerados estratégicos. Pese a los intentos ortodoxos de liberalización económica de Collor de Melo, la resistencia tanto del empresariado, grupos medios y las facciones obreras del sector moderno, forjadas en el periodo burocrático autoritario (O’Donnell, 1977), lograron implementar el “Plan Real” en 1994. Bajo el liderazgo de Fernando Henrique Cardoso, Brasil inició una etapa de liberalización moderada de su economía y privatizaciones de empresas estatales, que a diferencia de experiencias como la chilena, no dieron lugar a grandes monopolios privados multinacionales, manteniendo una parte significativa del sistema productivo bajo control nacional, privado, estatal, o por ambos en conjunto (Cardoso, 2011). Y si bien existieron reformas que disminuyeron la presión de los actores sociales organizados sobre el Estado, una concepción de derechos sociales universales garantizados constitucionalmente y la protección estatal a actores económicos competitivos, en detrimento de los tradicionales, marcaron el sello distintivo de la modernización brasileña.

Más aún, durante el gobierno de Lula, favorecido por un ciclo económico internacional positivo, Brasil vivió un proceso de recuperación y crecimiento económico, control de la inflación, alza de la oferta de empleos formales, aumento de la escolarización media de la población – Bolsa Educación-, la ampliación de los programas de distribución de ingreso - Bolsa Familia-, el aumento real del valor mínimo del salario y una expansión inédita de la oferta de crédito para sectores populares, todo lo cual generó cambios en la fisonomía de la estructura social brasileña (De Oliveira, 2011). En suma, al programa liberal desarrollista iniciado por Cardoso y apoyado por un conjunto significativo de actores sociales (Ruiz, 2010), el gobierno de Lula adicionó modalidades de redistribución de los ingresos, por la vía estatal, lo cual permitió políticas de corte populista que formaron nuevas clientelas dependientes del Estado (Sallum Jr., 2008).

En **Chile**, a diferencia de Argentina y Brasil, la transformación estructural precedió a la transformación política (Huneuss, 2000; Fazio y Parada, 2010). Es por ello que, hacia fines de los años ochenta, la transición a la democracia se concentró fundamentalmente en una perspectiva de administración de un modelo económico cuyos rasgos principales se heredaron del régimen pinochetista (Ruiz, 2006). Las principales transformaciones estructurales fueron realizadas a fines de los setenta e inicios de los ochenta, como parte del programa de recuperación de la crisis económica del 1982-1983. Lideradas por un equipo económico formado en Chicago, se enfrentó la crisis por medio de transformaciones que posteriormente se conocerían como “reformas neoliberales”. En ese lapso se impulsaron el grueso de los procesos de privatización, de desindustrialización, de desmantelamiento de los servicios sociales públicos, de giro hacia una radical apertura externa, esto es, un cambio en la estrategia de desarrollo capitalista (Campero, 1984). Sumado a los procesos de desasalarización y reasalarización que trastocan la vieja estructura social, y en particular, a las categorías sociales políticamente más incidentes del período desarrollista, esto es, la clase obrera y aquellos sectores medios vinculados al empleo estatal (León y Martínez, 2001).

De este modo, son marcos estructurales ya redefinidos los que encauza la transición a la democracia en Chile, y sobre los cuales los sucesivos gobiernos de la Concertación no innovan mayormente (Ruiz, 2006). Con la estrategia de desarrollo capitalista ya definida, la transición chilena -en base al consenso político que excluyó a los sectores medios y obrero- centra así sus preocupaciones en los dilemas del control social y ajustes del modos de dominio, a fin de evitar la explosión de la llamada “deuda social” acumulada por el aumento de la desigualdad y la precarización de sectores de la población durante el período dictatorial.

De ahí que no resultara paradójal, que el gobierno democrático de Aylwin (1990-1994) y su Ministro de Hacienda Foxley contaran, desde un inicio, con el apoyo transversal de importantes sectores políticos, a programas de mayor apertura económica, permitiendo a los nuevo equipo económico sostener un exitoso nivel de consensos con sus “pares economistas” de diversos partidos, profundizando las políticas de ajuste neoliberal iniciadas en los años ochenta por los “Chicago Boys” (Montecinos, 1997). Se establecen además otros importantes “amarres” como la inamovilidad de los funcionarios públicos instalados en sus plazas por la dictadura a fin de dificultar la acción gubernamental de las nuevas autoridades civiles; la integración de la Policía a las Fuerzas Armadas; la existencia de senadores y alcaldes designados; el paso de los efectivos y de los archivos del aparato de inteligencia pinochetista

al Ejército de Chile; la constitución de instancias no electivas encargadas de regular importantes ámbitos políticos, jurídicos, de comunicación masiva, lo que constituye una importante limitación al proceso de redemocratización (Ruiz, 2006). En otras palabras, las preocupaciones más gravitantes en la transición chilena apuntaron a la constitución efectiva de la llamada “governabilidad democrática”, la cual resultará, independiente de algunas reformas democratizadoras, abocada principalmente a mantener la desarticulación social heredada a través de una redefinición del sistema político elitista que evitara cualquier rearticulación de las bases sociales del periodo nacional desarrollista, y del modelo neoliberal más radical dentro de las experiencias desarrolladas en todo el mundo.

4. Variantes de la transformación de la estructura social.

Las variantes de transformación estructural recién descritas obedecen principalmente a las correlaciones de fuerza sociales constituidas en dichos procesos políticos, de ahí, las modalidades que asuma o no la estructura social de cada una de estas sociedades.

Argentina, tras la crisis heredada del periodo militar y la transición, dejó atrás aquella sociedad caracterizada por una movilidad social ascendente creciente asociada a migraciones internacionales e internas, transiciones demográficas y el paso de empleos en la producción industrial a empleos de servicios calificados. Los registros mostraron un mayor desempleo, desigualdad social y el empobrecimiento de las ocupaciones, incrementándose los empleos no manuales pero de baja calificación y altos niveles de precariedad laboral. Configurando un inédito panorama caracterizado por el empobrecimiento que comenzaron a vivir sectores medios y obreros, producto de la depreciación de sus salario y a la pérdida de beneficios ligados a sus puestos de trabajo (Kessler y Espinoza, 2003; Ferrer, 2008; Rapoport, 2010).

En los noventa, el empresariado argentino vivió un fuerte proceso de des industrialización y extranjerización; expandiéndose el sector financiero y la industria de explotación de recursos naturales, otrora oligarquía agropecuaria, que por la vía de una fuerte inversión en tecnologías y ayudada por el tipo de cambio, la inversión extranjera y la demanda internacional, se convirtió nuevamente en la locomotora de la economía nacional (Rapoport, 2010). Las clases medias experimentan un importante proceso de estratificación interno, siendo el segmento más calificado el que se adaptó a las nuevas condiciones de una economía globalizada, revirtiendo la tendencia al deterioro salarial, pero sin recuperar los mejores niveles de la década del setenta; mientras que, el sector menos calificado sufrió duramente el

impacto de las reformas, y pese a que la economía pasó por años de crecimiento sus condiciones de vida empeoraron considerablemente (Mora y Araujo, 2010). Las reformas laborales, la disminución de la cuota obrera, el menor control sobre las obras sociales, el aumento del desempleo asalariado, y del trabajo en “negro”, provocaron que el sector obrero organizado perdiera capacidad de presión al Estado por mejoras salariales.

Durante el periodo 1998-2009, en la sociedad argentina se expande el trabajo asalariado, sobre todo de ocupaciones no calificadas en la gran y mediana empresa del sector formal de la economía (CEPAL, 2010). Sumado a una fuerte aumento en la participación de los trabajadores en la producción, la disminución de la desigualdad, el desempleo y la pobreza. Sin recuperar aún los grados de bienestar alcanzados durante hacia la década del sesenta y setenta (Ferrer, 2008; Peralta, 2007), se mantenía una fracción de la clase trabajadora en situaciones de informalidad o desempleo abierto. Se trata entonces, de una recuperación parcial de la clase media y trabajadora desarrollista (Dolle, 2010).

La actual modalidad de desarrollo capitalista permitió, vía apoyo estatal, la recuperación del empresariado nacional industrial y de servicios, orientado al mercado interno; el cual coexistirá con grandes propietarios exportadores, que mantendrán el liderazgo de la economía argentina. Sumado a la industria de *commodities*, de bajo valor agregado y dentro de modalidades de administración nacional integrado de forma compleja – ejemplo típico es el sector automotriz-, con el capital multinacional (Ferrer, 2008).

Los sectores medios, tanto su facción independiente como asalariada, recuperaron parcialmente su nivel de ingresos y consumo. Tanto los sectores medios profesionales y sobre todo los sectores medios bajos se expandieron, no obstante, fueron los segundos, los que recuperaron una mayor participación del ingreso tras los años de crisis (Wortman, 2010). Sin embargo, la heterogeneidad interna registrada en los noventa persiste. Mientras la clase media alta ha incrementado sus ingresos, la clase media tradicional los ve estancados, su estabilidad laboral dependiente en demasía de la política pública y subsidios gubernamentales a los servicios públicos (Mora y Araujo, 2010). Conformándose un sector medio competitivo que desempeña ocupaciones de mediano propietario, profesional de “cuello blanco” en empresas privadas de servicios, e incluso empleado público calificado, todos recientemente ascendidos en el periodo de reformas neoliberales, y vinculados a un ethos individualista descomprometido con lo social. Mientras que el sector medio propio del periodo

“desarrollista”, compuesto por trabajadores del sector privado – formal e informal-, algunos cuentrapropistas o pequeños comerciantes y una proporción no menor estaría empleada en el sector público, mantiene probabilidades de retornar a la condición de pobreza (OCDE, 2010).

Y si bien, las clases medias, entendidas en términos clásicos, abarcarían gran parte de la población argentina, ya no presentaría rasgos de homogeneidad social y cultural. Al menos existirían dos clases medias, que difieren en su situación material, expectativas de movilidad, demandas sociales, preferencias de consumo y valoración de las de la política nacional. En donde la calificación formal superior, ya no sería la distinción fundamental para acceder a la clase media competitiva, más bien el manejo de idiomas o las redes sociales de elite que proporciona la educación privada. Modificándose uno de los símbolos por excelencia de la movilidad social, a saber, la educación pública, que hoy, fruto de su deterioro, es considerada como un espacio de reproducción de la desigualdad (Wortman, 2010).

Finalmente, el aumento de las ocupaciones asalariadas calificadas y no calificadas de empresas de mediano y gran tamaño, principalmente las ramas de la construcción y los servicios, que encabezaron el proceso de reactivación económica, significó una recomposición de la clase obrera. Crecimiento de ocupaciones, aparejado del incremento del trabajo formal y mejoras salariales (Dolle, 2010). Este último vinculado a la recuperación de la capacidad de presión al Estado de parte de los sindicatos (Palominos, 2006). Particularmente, los obreros industriales calificados, lograron recuperar su poder para obtener salarios superiores a la media nacional, gracias a la presión sindical y escasez de mano de obra en estos sectores de la economía (Mora y Araujo, 2010). Recuperándose, en parte, la histórica articulación clientelar entre un gobierno peronista y los sindicatos obreros.

Brasil mantuvo el patrón de urbanización de su fuerza laboral observado en décadas anteriores para el periodo 1981-1999 (Costa Ribeiro, 2003). Pese a la crisis económica, la pérdida de peso relativo de la fuerza laboral rural se mantuvo, en un contexto de crecimiento absoluto de esta y donde los grandes propietarios rurales mantuvieron altos niveles de concentración de la propiedad. La contrapartida del descenso relativo de las categorías rurales fue el aumento proporcional de las categorías urbanas. Pero, al contrario de lo que ocurrió en el auge económico de los años sesenta y setenta, los sectores industriales modernos dejaron de ser “el motor” exclusivo de la modernización capitalista brasilera (Do Valle, 2004).

En los ochenta, la contracción del sector industrial estuvo explicada porque empleadores del sector tradicional de competencia se vieron “obligados” a desarrollar estrategias de disminución de costos por la vía de la flexibilidad productiva y reducción de costos de mano de obra; mientras que, la mantención de la protección estatal a sectores industriales de carácter oligopólico, no sólo les permitió aumentar las vacantes de trabajo, sino mejorar los niveles de ingreso; manteniéndose las condiciones de privilegio, tanto de la gran burguesía del sector “moderno” como de los obreros vinculados a éste (Do Valle, 2004). En cambio en los noventa, las privatizaciones de empresas estatales, la disminución sistemática de las protecciones a la industrias oligopólica y el arribo de nuevos capitales extranjeros, “diversificaron” el mundo empresarial (Sallum, 2003; Cardoso, 2011). La desconcentración productiva y un mayor predominio de la esfera financiera por sobre actividades productivas y comerciales, trasladaron la inversión de capital a las áreas con mano de obra más barata y menos calificada. Afectando a los obreros del sector industrial de las principales regiones metropolitanas, como San Pablo, donde se concentraba el parque industrial “moderno”.

Frente a la disminución relativa de las ocupaciones rurales y el “freno” a la expansión de las ocupaciones vinculadas directamente a la industria, tanto tradicional como moderna, son los sectores no manuales, principalmente de servicios (Weller, 2004), los que presentarán un mayor crecimiento, tanto en las ocupaciones de rutina como en aquellas con mayores grados de calificación. Es decir, la tendencia histórica de expansión de este sector urbano no manual de servicios, se verá acelerado en las dos últimas décadas del siglo XX, frente al estancamiento relativo de las ocupaciones manuales del sector industrial. Mientras que la base de la jerarquía no manual, la proporción de trabajadores de rutina aumentó en la década de los ochenta, para volver a sufrir una contracción en los noventa; los profesionales asalariados e independientes, inician un proceso más intenso de expansión, revirtiendo en parte la fuerte contracción sufrida en la década de los ochenta.

Por su parte, el estrato que más creció fue el de los empresarios independientes o “pequeña burguesía”, cuya base de reclutamiento fue rural (Do Valle, 2004). Dicho sector durante la década de los noventa cumplió un rol de “enganche” entre el sector formal moderno y el informal de baja productividad (Portes y Hoffman, 2003). Sin embargo, se observó que dicha situación seguía obedeciendo más a un contexto de ajuste fruto de la crisis, que a una tendencia estructural (CEPAL, 2010). A mediano plazo, la expansión del sector no sólo se estancará, sino que comenzará a quedar en una situación de mayor dependencia con la

gran empresa industrial, y sus trabajadores volverán a incorporarse a condiciones formales de empleo. Configurándose un escenario en que algunas de las condiciones que se observaron en los noventa eran más bien fruto de la crisis económica que de una transformación estructural de la sociedad, como por ejemplo la expansión de los empleadores independientes y de ocupaciones vinculadas a la economía de baja productividad. En cambio otras, comenzaron a consolidar una nueva fisonomía del empresariado, capas medias y sectores trabajadores de la sociedad brasileña, destacando elementos de continuidad y cambio respecto a tendencias observadas en décadas anteriores.

Los grandes propietarios, rurales y urbanos, registraron elevados niveles de concentración, propios del patrón de modernización observado en décadas anteriores. La mayor “racionalización productiva” y la “internacionalización hacia adentro” generaron cambios en los sectores industriales brasileños. Mientras que la primera permitió a las industrias mantener elevados niveles de productividad sin necesidad de contratar nueva mano de obra (Antunes, 2011), encadenado al sector de empresas medias y pequeñas con los grandes propietarios. La segunda, disminuyó significativamente los pesos relativos de los sectores industriales tradicionales, producto de la importación de una serie de productos intermedios, de bajo valor agregado, provenientes de países como México y China. A diferencia del empresariado tradicional, la expansión del sector de explotación de recursos naturales, tanto para abastecer el mercado interno como para la exportación, es el que más se expande, luego de la liberación productiva; mientras que aquel vinculado a la producción con mayor valor agregado, mantiene una importante estabilidad (Ferraz, Kupfer y Iootty, 2004).

La clase media tradicional independiente pierde peso en la sociedad brasileña, en términos relativos e ingresos, no obstante seguiría ostentando un peso mayor que los sectores medios asalariados (Figueiredo, 2005; Quadros, 2008). Bajo la perspectiva de ingresos y capacidad de compra, la sociedad brasileña avanzó hacia una mesocratización, alimentada principalmente por la disminución de las clases económicas inferiores (Nery, 2008; De Aragao, 2010). “Mesocratización salarial” que se explicaría por un aumento en la tasa de escolaridad y un crecimiento significativo de los empleos del sector asalariado formal. Dichos estratos estarían conformados por grupos de ingresos medios heterogéneos, cuya inestabilidad los podría fácilmente hacer caer en una “situación de pobreza”, producto de su dependencia a programas gubernamentales como el Plan Bolsa Familia y por la escasa protección social que le brindarían sus empleos (De Oliveira, 2011).

Son los obreros y la clase media calificadas los que cuentan con mayores niveles de cobertura de pensiones, mientras que el resto de los “estratos medios” presentarían, frente a una crisis externa o una contracción de la economía, mayores posibilidades de abandonar esta condición recién adquirida (OCDE, 2010). Esto último no significa necesariamente que no mejoraran las condiciones de vida de la sociedad brasileña, pero la expansión del sistema educacional no ha generado necesariamente una movilidad para el conjunto de la población brasileña, sino más bien para determinados grupos sociales como los trabajadores calificados (Figueiredo, 2005) y/o determinados niveles de calificación (OCDE, 2010).

Finalmente, los sectores obreros, no sólo aumentaron su tamaño relativo en la fuerza laboral (Figueiredo, 2005), sino que también lo hicieron sus ingresos (Quadros, 2008). Dicha expansión se generó tanto en los empleados calificados, como también en los trabajadores sin calificación formal. Los primeros se habrían expandido durante este periodo, siendo su base de reclutamiento los trabajadores manuales del sector industrial y de servicios (Figueredo, 2005). Convirtiéndose dichas posiciones en vías de movilidad que evidencian la modalidad “pactista” y corporativa que aún mantienen dichos sectores en la sociedad brasileña. Lo cual más que resultar un elemento de novedad, ratifica la posición privilegiada que lograron mantener los trabajadores industriales más calificados, alcanzado por medios de sus organizaciones sindicales, su relación con el empresariado y la capacidad reincidir en los procesos de construcción del Estado; a contrapelo del resto de la fuerza laboral vinculada a sectores productivos, financieros o comerciales de mayor competencia nacional y extranjera.

Chile⁵ tras el colapso del régimen nacional-popular y la orientación desarrollista a él asociada, experimentó transformaciones sociales vinculadas al modelo de crecimiento adoptado. Lo anterior permite diferenciar mutaciones sociales de larga maduración, de otras propios de turbulentos pero limitados cursos de desarticulación y reordenamiento en curso. Las tendencias a la “descampesinización” y la consiguiente asalarización del trabajo agrícola de mediados de los ochenta, no sólo terminan por predominar en forma prácticamente absoluta en la actualidad; sino que la antigua división entre un mundo rural y otro urbano claramente diferenciados acaba por quedar obsoleta frente el nuevo panorama.

⁵ El presente apartado es resultado de una investigación realizada en el CIES, ver Ruiz y Boccoardo (2010).

En el caso del empresariado, su pérdida general de peso relativo en la fuerza laboral, en un período de sostenida expansión económica, corresponde a una tendencia a la concentración de la gran propiedad (Fazio, 2005). De modo general, junto a la expansión económica, el mundo de los negocios adquiere en Chile dimensiones que lo tornan cada vez menos accesible para las “fortunas” de la mediana y pequeña burguesía. Ello resulta muy marcado, tanto en el ámbito agropecuario, como comercial y financiero, precisamente los más dinámicos dentro de la modalidad de crecimiento imperante. En cambio, dicho fenómeno aparece menos acentuado en el área industrial, la cual resulta negativamente privilegiada en este contexto, de considerable apertura a las dinámicas de la economía mundial. En definitiva, es la marca de los servicios, junto a la condición primario-exportadora, la que prima entre el empresariado.

En los crecidos sectores medios se impone una burocracia asalariada de servicios privados moderna, lo que plantea la combinación históricamente inédita en el país, de un carácter asalariado y privado preponderante en estos sectores. Dentro de ello, las fracciones medias y altas resultan a su vez las más expansivas en los últimos tres lustros, marcadas por el sostenido crecimiento de los grupos profesionales dentro de la población económicamente activa. Una expansión que parece todavía no alcanzar un punto de saturación, y cuyo significado sociocultural es preciso explorar a partir de análisis específicos. Tal hecho indica que una parte significativa de esta burocracia privada moderna se constituye a partir de fracciones de “clase media” de primera generación, lo cual acentúa su heterogeneidad, al tiempo que dilata, hasta su “maduración socio-demográfica”, las posibilidades de una acción “de clase” que puede desprenderse de su condición común asalariada. Por otro lado, ello contrasta con la pérdida de peso y significación relativa dentro de los sectores medios tanto de la llamada pequeña burguesía como de los grupos medios asalariados ligados al empleo público, marcando así una fisonomía claramente distintiva de toda tradición histórica anterior, en la que éstos últimos resultaban más relevantes. De aquí, entonces, la configuración de unos nuevos sectores medios, de significación mayoritaria en la sociedad, a la vez que inédita fisonomía.

En el caso de la clase obrera, el fenómeno más relevante es el predominio que alcanzan en su seno las fracciones de trabajadores ligados a los servicios, dado el continuo proceso de tercerización de la economía y la estructura social en general, en los últimos tres lustros. Tal renovada fisonomía de la clase obrera resulta hoy marcada, además, por otra diferencia fundamental respecto al panorama de los años ochenta: si en los inicios del curso de

tercerización su aumento se produjo a costa de los trabajadores expulsados del sector productivo, dada la “desindustrialización” que arrastró consigo la apertura externa, hoy el crecimiento de los trabajadores de servicios y comercio se alimenta mayoritariamente de franjas provenientes de un origen marginal. Lo anterior significa que, los procesos de tercerización que actualmente muestra esta clase obrera en su cambio interno, expresan procesos de incorporación vinculados -más allá de aprensiones posibles acerca de su calidad- a unas crecidas expectativas de mejoramiento de la calidad de vida. Las nuevas fracciones obreras están sometidas a una tercerización que ya no se vincula a esa condición de “refugio” que prima bajo la crisis de los años ochenta. Aunque gran parte de ella se vincule, presumiblemente, a la denominada tercerización espuria, resulta la contracara de un curso de tercerización genuina ligado a la expansión de la burocracia privada moderna.

La presencia de tales encadenamientos, de amplio alcance y muy variados grados de modernización y formalidad, resulta de especial incidencia en la fisonomía que adopta la actual de la estructura social. En la medida que atraviesa gran parte del mundo de los servicios, estos encadenamientos aluden, en definitiva, a las relaciones entre distintas categorías y grupos sociales dentro de tal ámbito de servicios en acelerada expansión. De este modo, expresa en forma distintiva las nuevas orientaciones que asumen los procesos de modernización a partir del llamado giro neoliberal, en la medida que se constituye en la fuente fundamental de empleos típicos del panorama social actual, al tiempo que deviene, el de los servicios, uno de los sectores más sensibles a los ritmos económicos determinados por el modelo de crecimiento neoliberal.

5. Conclusiones

A partir de la exposición realizada se proponen tres variantes históricas de transformación de la estructura social en: Argentina, que revirtió parcialmente tendencias de “desestructuración” de grupos sociales desarrollistas; Brasil, cuya gradualidad de cambios permitió que grupos sociales desarrollistas se integraran “pactadamente” al proceso de modernización; y Chile, donde la reforma estructural, modificó radicalmente su estructura social y principales grupos.

Argentina, superada parcialmente la crisis registra una recuperación de su empresariado nacional, sectores medios y obreros cuyos antecedentes aún remontan al periodo desarrollista.

Sin embargo, coexisten con sectores industriales multinacionales, capas medias forjadas en el periodo neoliberal y sectores marginales que aún no se recuperan de las sucesivas crisis económicas. Una vez más, han logrado reconstituirse a través de políticas distributivas y populistas del Estado, beneficiado por la recuperación de la economía internacional y de los grandes propietarios agroexportadoras, de los cuales el país resulta todavía dependiente, y que en última instancia, más que intentar conciliar intereses con el resto de los sectores sociales, en pos de un interés nacional, favorecen estrategias particulares que contribuyen a una mayor desestructuración de la sociedad.

Por otro lado, Brasil bajo la modalidad de alianzas sociales ha podido mantener parte sustantiva de la industrialización autoritaria, combinando elementos de liberalización económica que afectó principalmente a la industria tradicional “varguista” con elementos de protección a la industria nacional que ha podido no sólo resistir la llegada de capitales multinacionales, sino adquirir un peso que hoy la catapulta a todo el orbe. Sumado a la consolidación de un sector medio independiente y obrero calificado, y una inédita mesocratización de los salarios de los sectores trabajadores menos calificados. Extendiendo la modernización capitalista brasilera a regiones históricamente excluidas de este proceso y que recién comienzan a salir de situaciones de marginalidad y pobreza.

En cambio Chile, se caracteriza por el empleo vinculado a los servicios, ya sea dentro de los grupos empresariales, los sectores medios, o la llamada clase obrera. La expansión predominante, dentro de cada uno de esos sectores, de aquellas fracciones vinculadas al sector terciario, expresa además la mayor exposición que detentan actualmente dichas categorías sociales ante los vaivenes del crecimiento económico determinados por el modelo vigente. En la sociedad chilena social actual, debido precisamente al prolongado crecimiento económico, han resultado más expresivos los sectores medios, registrando el mayor volumen de incorporación de población económicamente activa, hasta hacerse predominantes dentro del conjunto de la estructura social, marcando también un panorama general históricamente inédito, cuya fisonomía mesocrática resulta distintiva dentro de su historia reciente como también del contexto latinoamericano actual.

6. Bibliografía

- Acevedo, M.: “América Latina mundializada. Geopolítica, mercados y estructuras sociales”. En Acevedo, María G. y A. Sotelo (coords.): *Reestructuración económica y desarrollo en América Latina*. México D.F.: UNAM – Siglo XXI Editores, 2004.
- Antunes, Ricardo: “La nueva morfología del trabajo en Brasil: reestructuración y precariedad”. En *Revista Nueva Sociedad*, 232 (Marzo-Abril, 2011).
- Atria, R., R. Franco y A. León, (coords.): *Estratificación y movilidad social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*. Santiago: LOM-CEPAL Ediciones, 2007.
- Atria, R. y C. Ruiz: *Política y transformación social en América Latina: descentración de la acción estatal e ilusión tecnocrática*. Santiago: Ponencia al XX Congreso Mundial de Ciencias Políticas, 2009.
- Baño, R. y Faletto, E.: *Estructura social y estilo de desarrollo*. Santiago: Cuadernos del Departamento de Sociología, Universidad de Chile, Santiago, 1992.
- Baño, R. y Faletto, E.: *Transformaciones sociales y económicas en América Latina*. Santiago: Cuadernos del Departamento de Sociología, Universidad de Chile, 1999.
- Barcena, A. y N. Serra (editores): *Clases medias y desarrollo en América Latina*. Barcelona: CEPAL-CIDOB, 2010.
- Campero, G: *Los gremios empresariales en el periodo 1970-1983: comportamiento sociopolítico y orientaciones ideológicas*. Santiago, ILPES, 1984.
- Cardoso, F. H.: “Un nuevo Brasil”. En *The New York Times*, 10 de Mayo del 2010.
- CEPAL: *Panorama social de América Latina 2010. Anexo estadístico*. Santiago: CEPAL, 2010.
- Costa Ribeiro, C.: “Em movimento Inercial: Imobilidade das Fraturas de Classe no Brasil”. En *Revista Insight Inteligência*, 21 (Abril-Junho 2003).
- Cortez, F. y Escobar A.: “Movilidad social intergeneracional en el México Urbano”. En *Revista de la CEPAL*, 85 (Abril 2005).
- Cuadros, W.: “A evolução recente da estrutura social brasileira”. En *Documento de discusión, IE/UNICAMP*, 147 (2008).
- Dalle, P.: “Estratificación social y movilidad en Argentina (1870-2010). Huellas de su conformación socio histórica y significado de los cambios recientes” En *Revista de Trabajo*, Año 6, 8 (Enero-Julio, 2010).
- De Aragao, M.: “Políticas públicas y clases medias: el caso brasileño”. En Barcena, A. y N. Serra (edit): *Clases medias y desarrollo en América Latina*. Barcelona: CEPAL-CIDOB, 2010.
- De Oliveira, F.: “Movilidad social y económica en Brasil: ¿Una nueva clase media? En Franco R., M. Hopenhayn y A. León: *Las clases medias en América Latina. Retrospectivas y nuevas tendencias*. México D.F.: CEPAL-Siglo XXI, 2011.
- Do Valle, N.: “Cambios sociales y estratificación en el Brasil contemporáneo (1945-1999). En *Series Políticas Sociales CEPAL*, 89 (2004).

- Faletto, E.: “Enzo Faletto rompe tres décadas de silencio: Necesitamos una nueva ética del comportamiento”. En *Revista Rocinante, Arte, Cultura y Sociedad*, V, 41 (marzo 2002).
- Fazio H. y M. Parada: Veinte años de política económica de la Concertación. Santiago: LOM, 2010.
- Fazio H.: *Mapa de la extrema riqueza en Chile al 2005*. Santiago: LOM, 2005.
- Ferrer, A.: *La economía argentina. Desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*. Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Figueiredo, J.: Uma Classificação Socioeconômica Para O Brasil. En *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 58 (20, 2005).
- Filgueira, C.: “La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina”. En *Serie Políticas Sociales CEPAL*, 59 (2001).
- Filgueira, C. y C. Geneletti: “Estratificación y movilidad ocupacional en América Latina”. En *Cuadernos de la CEPAL*, 39 (1981).
- Franco, R., M. Hopenhayn y A. León (coord.): *Las clase medias en América Latina. Retrospectiva y nuevas tendencias*. México D.F.: CEPAL-Siglo XXI Editores, 2010.
- Garretón M. A.: “¿Crisis de la idea de sociedad? Las implicancias para la teoría sociológica”. En *Revista de Sociología, Universidad de Chile*, (1,1996).
- Gray, G., et al.: “Estratificación, movilidad social y etnicidad en Bolivia”. En Atria, R., Rolando F. y A. León, (coords.): *Estratificación y movilidad social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*. Santiago: LOM-CEPAL, 2007.
- Huneuss, C.: *El régimen de Pinoche*”, Santiago: Editorial Sudamericana, 2000.
- Kaztaman, R.: “La heterogeneidad de la pobreza. El caso de Montevideo”. En *Revista de la CEPAL*, 37 (1989).
- Kessler, G. y V. Espinoza: “Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Argentina: rupturas y algunas paradojas en el caso de Buenos Aires”. En *Serie Políticas Sociales CEPAL*, 66 (2003).
- Kupher, D., J. Ferraz y L. Carvalho: “El largo y sinuoso camino del desarrollo industrial en Brasil”. En *Boletín Informativo Techint, CERA*, 330 (Septiembre-Diciembre, 2009).
- León, A. y J. Martínez: “La estratificación social chilena hacia fines del siglo XX”. En *Serie Políticas Sociales CEPAL*, 52 (2001).
- Montecinos, V.: “El valor simbólico de los economistas en la democratización de la política chilena”. En *Revista Nueva Sociedad*, 152 (Noviembre-Diciembre 1997).
- Mora y Araujo, Manuel: “Valores e ideología: el comportamiento político y económico de las nuevas clases medias en América Latina”. En Barcena, Alicia y Nancís Serra (edit): *Clases medias y desarrollo en América Latina*. Barcelona: CEPAL-CIDOB, 2010.
- Mora y Araujo, M.: “Evidencias y conjeturas acerca de la estratificación actual de Argentina”. En *Serie Políticas Sociales CEPAL*, 51 (2001).
- Neri, M. (coord.): *A Nova Classe Média*. Río de Janeiro: Fundación Getulio Vargas, 2008.
- OCDE: *Perspectivas Económicas de América Latina. En qué medida es clase media América Latina*. OCDE, 2010.

- O'Donnell, G.: "Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario". En Revista Mexicana de Sociología, Vol. 39, 1 (Enero- Marzo 1977).
- Orlansky, D.: "Política y burocracia". En Documento de Trabajo, Instituto de Investigación Gino Germani, UBA, 52 (Noviembre, 2001).
- Palomino, H. y D. Trajtemberg: "Una nueva dinámica de las relaciones laborales y la negociación colectiva en la Argentina". En Revista de Trabajo, 2 (Julio-Diciembre, 2006)
- Peralta, M.: La economía política argentina: poder y clases sociales (1930-2006). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Portes, A. y K. Hoffman: "Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios durante la época neoliberal". En Serie Políticas Sociales CEPAL, 68 (2003)
- Raczyński, Darma: "La ficha CAS y la focalización de los programas sociales".. En Gómez, Sergio: La realidad en cifras. Estadísticas sociales. Santiago: FLACSO, 1992.
- Rapoport, M.: Las políticas económicas de la Argentina. Una breve historia. Buenos Aires: Booket, 2010.
- Ruiz, C.: Estructura Social, Estado y Modelos de Desarrollo en América Latina Hoy. Elementos para una interpretación sociológica de la transformación reciente. Proyecto de Tesis Doctorado en Estudios Latinoamericanos, 2010. (Cita autorizada por autor).
- Ruiz, C.: "América Latina y la "excepcionalidad chilena": ¿sincronía temporal o destinos divergentes". En Baño, R. (ed.): Chile en América Latina: Integración o desintegración regional en el siglo XXI. Santiago: Cátedra Enzo Faletto de estudios latinoamericanos, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, 2006.
- Ruiz, C. y Boccardo, G.: Panorama actual de la estructura social chilena (en la perspectiva de la transformación reciente). Santiago: Documento de Trabajo CIES, Universidad de Chile, 2010.
- Romero, L.: Breve historia contemporánea de la Argentina. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Sallum Jr., Brasilio: "La especificidad del gobierno de Lula. Hegemonía liberal, desarrollismo y populismo". En Revista Nueva Sociedad, 217 (Sep-Oct, 2008).
- Sidicaro, R.: Los tres peronismos. Estado y poder económico. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2010.
- Solari, A., Franco, R. y Jutkowitz, J.: Teoría, acción social y desarrollo en América Latina. México D.F.: Siglo XXI Editores – ILPES.
- Torche, F. y G. Wormald.: "Estratificación y movilidad social en Chile: entre la adscripción y el logro" En Serie Políticas Sociales CEPAL, 98 (2001).
- Williamson, J.: "What Washington Means by Policy Reform" En Williamson, John (comp.): Latin American Adjustment: How Much Has Happened?: Washington: Institute of International Economics, 1990.
- Weller, J.: "El empleo terciario en América Latina". En Revista CEPAL, 84 (Dic, 2004).
- Wortman, A.: "Las clases medias argentinas, 1960-2008". En Franco, R., M. Hopenhayn y A. León (coord.): Las clase medias en América Latina. Retrospectiva y nuevas tendencias. México D.F.: CEPAL-Siglo XXI Editores, 2010.